

Redes intelectuales, proyecto cultural y profesionalización humanística en la revista *Armas y Letras* (1944-1957)

INTELLECTUAL NETWORKS, CULTURAL PROJECT AND HUMANISTIC
PROFESSIONALIZATION IN THE MAGAZINE *ARMAS Y LETRAS* (1944-1957)

Victor Barrera Enderle

Universidad Autónoma de Nuevo León
vicbarrera@hotmail.com

RESUMEN: La configuración de los campos culturales presenta una diversidad de agentes y factores; en el caso latinoamericano, es preciso añadir la circunstancia política e histórica, pues las funciones intelectuales son diversas. La situación es aún más compleja cuando estos campos culturales se desarrollan al interior de los Estados nacionales. Este ensayo describe la creación de la publicación universitaria *Armas y Letras* (1944-1950) y el contexto que la envolvió; en particular: la relación intelectual entre Alfonso Reyes y Raúl Rangel Frías.

PALABRAS CLAVE: *Armas y Letras*, Alfonso Reyes, Raúl Rangel Frías, proyecto cultural, universidad latinoamericana.

ABSTRACT: The configuration of cultural fields presents a diversity of agents and factors; In the Latin American case, it is necessary to add the political and historical circumstance, since the intellectual functions are diverse. The situation is even more complex when these cultural fields are developed within

the nation-states. This essay describes the creation of the university publication *Armas y Letras* (1944-1950) and the context that enveloped it; in particular: the intellectual relationship between Alfonso Reyes and Raúl Rangel Frías.

KEYWORDS: *Armas y Letras*, Alfonso Reyes, Raúl Rangel Frías, cultural project, Latin American university.

Al mundo nuevo corresponde
la Universidad nueva.
José Martí

UN PROYECTO CULTURAL (Y POLÍTICO) DESDE EL NORTE DE MÉXICO

La revista *Armas y Letras* fue fundada en 1944, en el marco de la reconfiguración del campo cultural en el México posrevolucionario. Fue el órgano difusor de la recientemente reinaugurada Universidad de Nuevo León en Monterrey y representó un movimiento doble: por un lado, era la continuación del proyecto cultural emanado de la revolución y de su período de concreción institucional (su fundador y primer director había sido dirigente estudiantil durante la campaña presidencial de José Vasconcelos en 1929); y, por el otro, significaba un desafío a la élite plutocrática local que había crecido y ganado hegemonía desde las últimas décadas del siglo XIX, que monopolizaba el control de las políticas educativas y culturales antes de la revolución. Los desafíos de *Armas y Letras* eran descentralización y equilibrio cultural a un mismo tiempo. Como esta publicación estaba (y lo está todavía) ligada a una institución educativa, es imposible separar sus historias. Contar la genealogía de una implica, en buena manera, dar cuenta del desarrollo de la otra. Detrás del primer volumen impreso hay una larga historia de diálogos, discusiones, acuerdos y desacuerdos, que dan cuenta de la actividad de un campo cultural específico en el que se despliegan tanto búsquedas intelectuales como luchas políticas.

Me interesa describir en este ensayo las redes intelectuales establecidas, principalmente, entre dos personajes o agentes de la cultura mexicana del medio siglo: Alfonso Reyes y Raúl Rangel Frías. El objetivo de

esta alianza consistía en la consolidación de un proyecto cultural y educativo: la Universidad de Nuevo León. Una de las vías para lograrlo fue la publicación de un órgano de difusión, la ya mencionada revista *Armas y Letras*. En concreto, me propongo dar cuenta del contexto que envolvió al primer período de la revista, que va de 1944 a 1950, y que tuvo como consecuencias el ascenso de Raúl Rangel Frías a la rectoría de la Universidad en 1949¹ y la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1950.

Estas acciones representaron una profunda transformación en el campo cultural de la región, sentando las bases para la profesionalización de los estudios humanísticos. De ahí mi interés por establecer el mapa por donde estos dos intelectuales regiomontanos se movieron y las acciones que realizaron para concretar, primero, la universidad y, posteriormente, la publicación periódica. Uno, Alfonso Reyes, gozaba ya de un prestigio internacional; el otro, Raúl Rangel Frías, regresaba al suelo nativo (luego de haber concluido sus estudios de jurisprudencia y de haberse desempeñado como abogado en la ciudad de México) para abrir espacios culturales y poner en operación instituciones educativas y proyectos de política cultural.

Apelo al concepto de redes intelectuales, y lo señalo desde ahora, no solo para describir una serie de acciones y asociaciones puntuales que se concretarían en proyectos educativos y editoriales específicos, sino para tratar de hacer visibles las tensiones entre los procesos políticos y culturales durante la primera mitad del siglo xx. En pocas palabras, entiendo este tipo de redes como una herramienta útil para comprender las particularidades de la historia cultural latinoamericana moderna. De ahí que el corpus principal de estudio lo constituyan cartas, diarios, reportajes, memorias, revistas y no solamente libros.

El intercambio de información, el establecimiento de alianzas, la confección de proyectos y empresas editoriales, la propagación de una ideología o visión de la realidad y de las artes, así como líneas y nodos vinculantes y formas específicas de socialización, las redes intelectuales son, en palabras del académico chileno Eduardo Devés, “contactos profesionales

¹ El rectorado de Rangel Frías (1949-1955) se caracterizó por la expansión y apertura de facultades e institutos, así como por haber sentado las bases para la construcción de la Ciudad Universitaria, sede de la actual Universidad Autónoma de Nuevo León.

durante un período de años”, que se dan “entre un conjunto de personas que se reconocen como pares y que de manera consciente utilizan estos contactos para promover algún tipo de actividad profesional” (338). Así, se trata de relaciones profesionales desplegadas en el tiempo y el espacio.

LOS AGENTES Y EL TEJIDO DE LA RED

Me ocuparé primero de Raúl Rangel Frías (1913-1993), el orquestador intelectual. Nacido en Monterrey, cuando la nación mexicana comenzaba el turbulento gobierno de Victoriano Huerta y la ciudad norteña padecía diversos combates y refriegas revolucionarias, se educó en el antiguo Colegio Civil de Nuevo León² y, posteriormente, en la Universidad Nacional. Dos grandes experiencias marcaron su temprana formación intelectual. Por un lado, el vertiginoso proceso de modernización que Nuevo León experimentó desde fines del siglo XIX; y, por el otro, la Revolución mexicana y su paulatino proceso de institucionalización³.

A diferencia de Alfonso Reyes (su gran modelo intelectual), para quien la revolución representaba una tragedia personal y la clausura de la primera etapa de su formación intelectual⁴, para Rangel Frías la contienda y su posterior y dilatado triunfo significaron la posibilidad de la transformación. Él se formó en un momento particular de la historia regional: el breve paréntesis en que se consolidaba momentáneamente la opinión pública que traía consigo la reflexión y la revisión del papel que

² En sus *Memorias*, Rangel Frías describía esta institución de la siguiente manera: “El Colegio Civil de Nuevo León fue una escuela formativa a imagen de otras muchas, que se establecieron en toda la República al triunfo del liberalismo mexicano y el rechazo de la invasión francesa. Escuela formativa de la juventud que sustituyó al antiguo seminario de la época colonial a los cincuenta años después de la Independencia mexicana” (296).

³ Para la revisión del primer proceso véase el ensayo de Mario Cerutti *Burguesía y capitalismo en Monterrey, 1850-1910*.

⁴ El padre de Alfonso Reyes, el general Bernardo Reyes (que había gobernado el estado de Nuevo León, casi de manera ininterrumpida, desde 1885 hasta 1910) había muerto asesinado frente al Palacio Nacional en febrero de 1913; al inicio de la llamada “Décena Trágica”, el golpe de estado que acabó con la vida del presidente Francisco Madero e instauró la dictadura de Victoriano Huerta.

deberían jugar la educación y la cultura en el nuevo proyecto de nación. Hablo del período que va desde la década del veinte a la fallida instalación de la primera Universidad del Norte en 1933, caso que trataremos más adelante. El debate sobre la cultura nacional, iniciado con la llegada de José Vasconcelos a la Secretaría de Educación Pública en 1921, abría nuevas posibilidades para las representaciones regionales, un viejo problema irresuelto desde las discusiones parlamentarias de 1824⁵. La identidad mexicana era nuevamente puesta sobre la lupa después de la paciente y constante elaboración discursiva del “ser mestizo”, hecha desde los días de la reforma juarista. Vasconcelos creaba, en un acto de gran inspiración lírica, el ideal de síntesis: la raza cósmica, sustentada en el mestizaje de las culturas. Tras el fraude electoral de 1929, en que Vasconcelos perdió las elecciones ante el andamiaje del Partido Nacional Revolucionario, que posteriormente se convertiría en el PRI, llegó el desmoronamiento de la posibilidad de incrementar el proyecto de nación del intelectual ateneísta y de hacer de la cultura el eje de la vida nacional. Este debate se trasladó a las universidades. En 1929 estalló la huelga estudiantil en la Universidad Nacional, que llevaría a la conquista de su autonomía en ese mismo año. La tensión entre los gobiernos revolucionarios posteriores a la presidencia de Plutarco Elías Calles y las instituciones de educación superior se agravaría en los siguientes años, como demuestra la disputa entre el modelo liberal universitario y la educación socialista impulsada por el gobierno federal como vía de control administrativo, político y de cátedra, la cual marcará el tenor de los debates y polémicas, tanto en las aulas como en la prensa. En este contexto fue creada la Universidad del Norte en 1933.

Una serie de lecturas acompañaron al joven Rangel Frías en este proceso, entre las que destacan *La raza cósmica* de José Vasconcelos (1925), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* de Pedro Henríquez Ureña (1928), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de José Carlos Mariátegui (1928) y *América hispana* de Waldo Frank (1930). En todos estos textos había una constante: la reflexión sobre el papel que América Latina habría de desempeñar en la nueva configuración del orden epistémico mundial. Las tesis evolucionistas de Oswald Spengler hacían

⁵ Recordemos el famoso debate, llevado a cabo en el congreso constituyente de ese año de 1824, entre fray Servando Teresa de Mier y Miguel Ramos Arizpe sobre el tipo de representación política que convenía a la nación: el centralista o el federalista.

de Occidente un territorio decadente que experimentaba el ocaso de su historia (la Primera Guerra Mundial, con su ola devastadora, solo podía confirmar esta teoría). Ante la inminencia del desenlace se precisaba de un relevo vigoroso. En esta perspectiva, la joven Latinoamérica, a diferencia de los materialistas Estados Unidos, poseía las cualidades espirituales necesarias para hacerse cargo de semejante responsabilidad. Otro factor a tener en cuenta era el nuevo rol del intelectual latinoamericano que la generación de Reyes, Henríquez Ureña y Vasconcelos estaba desempeñando y que se diferenciaba del modelo intelectual modernista (entendido como defensor de la tradición letrada) en su papel dinámico y de enlace entre los proyectos de nación de los nuevos Estados y las masas, como ejemplifica el énfasis en las reformas educativas en los proyectos de estos intelectuales⁶.

Aunado a esto se encontraba la experiencia de las reformas universitarias de Córdoba, Argentina, en 1918, relativas a la autonomía académica y al involucramiento del estudiantado en las decisiones y planes de estudios⁷, y el auge y consolidación de las federaciones estudiantiles, durante la década del veinte, que pusieron en contacto a los jóvenes estudiantes de todos los países hispanoamericanos en una extraordinaria red intelectual. En sus *Memorias*, redactadas en los años noventa, Rangel Frías recordaba ese contexto:

De la revolución universitaria de Argentina (en Córdoba) habían llegado rodando sus ecos hasta nuestras aulas. La voz

- ⁶ La ensayista chilena Claudia Cabello Hutt, en un estudio sobre la labor ensayística de Gabriela Mistral, señala que “para los ensayistas y escritores contemporáneos a Mistral, como Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Magda Portal, José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña, Joaquín García Monge y Manuel Ugarte, la literatura no basta, la torre de marfil ya no es una opción ética y el poeta, escritor o artista debe salir a la calle y poner su palabra y acción al servicio de proyectos políticos de justicia social” (4).
- ⁷ El comité estudiantil Pro Reforma Universitaria, de la Universidad de Córdoba, en Argentina, descontento por la clausura del internado de estudiantes del Hospital de Clínicas, se planteó la autonomía como forma de revolución: insurgencia contra los restos de la tiranía decimonónica. Para ellos, las universidades latinoamericanas seguían siendo el reducto de lo peor de las sociedades explotadas: “Las universidades han llegado a ser así el reflejo de estas sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil” (2). La Federación Universitaria de Córdoba se levantaba contra la petrificación de la enseñanza, contra la tiranía de la docencia y buscaba, en contraste, un gobierno democrático, autorregulado, con libertad de cátedra.

de José Enrique Rodó y su mensaje espiritual condensado en *Ariel* se imponía en las lecturas de la gente de nuestra edad, algo se escuchaba de los clásicos americanos, Bolívar, Montalvo, Sarmiento, Alberdi, o bien, del viviente y beligerante José Carlos Mariátegui y su revista *Amauta* (300).

La universidad pública latinoamericana adquirió en esas primeras décadas del siglo xx una postura crítica llamada a interactuar con las clases políticas y las oligarquías locales:

Estos cambios que tuvieron lugar en América Latina a principios del siglo xx llevaron a la pérdida de la homogeneidad social y política de las universidades y a una complejidad cada vez más grande en sus relaciones con el Estado y las fuerzas sociales nuevas y viejas. En los países latinoamericanos donde las clases medias emergentes ganaron en influencia política ocasionó conflictos de las fuerzas nuevas con las estructuras tradicionales dominadas por autoridades y profesores conservadores y hasta oligárquicos, como es el caso de la Universidad de Córdoba, Argentina en 1918 (Marsiske 61).

Al igual que sus compañeros estudiantes de las universidades sudamericanas y de la Universidad Nacional de México que, como ya indiqué, recién en 1929 había conquistado su autonomía, Rangel Frías pugnaba y se pronunciaba (y aquí sigo el análisis sobre los movimientos estudiantiles que realiza Renate Marsiske), a favor del antiimperialismo y de la solidaridad latinoamericana: estaba en contra de las oligarquías regionales y de los gobiernos que la representaban, se pronunciaba contra cualquier tipo dictadura o forma de represión y, finalmente, buscaba la solidaridad entre estudiantes y trabajadores, es decir, estaba a favor de la extensión universitaria, de llevar la cultura y el conocimiento más allá de las aulas hacia las clases menos privilegiadas.

Si bien es cierto que la fundación de la primigenia Universidad del Norte y de la posterior Universidad de Nuevo León no correspondió directamente a Rangel Frías, sí es verdad que el perfil de esta nueva institución fue delineado por su mano. Como ya se ha dicho, desde sus días estudiantiles y a través de sus primeras páginas impresas en volantes y diarios de corta vida, Rangel Frías pugnó por la creación de un espacio

dedicado al saber especializado pero conectado al mundo circundante⁸. Su ingreso al ámbito de las publicaciones periódicas así lo confirmaba. En uno de los primeros editoriales de la revista *El Estudiante*, con fecha del 15 de enero de 1930, exclamaba: “Hoy, después de rudo batallar hemos conseguido nuestro propósito al avanzar llenos de audacia y de ilusiones por la senda del periodismo. Nos lanzamos en un campo desconocido para nosotros, lleno de espinas, pero también lleno de esperanzas” (379).

Pero el proceso fue muy intenso y resultó iluminador para la formación intelectual del joven Rangel Frías. Hubo un suceso que lo marcó, y fue cuando la tensión del conflicto llegó a su punto más álgido. Se realizó entonces una concentración de dirigentes educativos, autoridades y estudiantes en el Teatro Independencia de Monterrey, en septiembre de 1934. Allí habló, a petición de la audiencia, el joven Rangel Frías, que se encontraba de vacaciones en su ciudad natal. Leyó un breve ensayo titulado “La Universidad: propósitos”. Sus palabras fueron claras: el deber de la universidad es para con la sociedad y los estudiantes. La autonomía era su propia responsabilidad:

La universidad (nos resignaremos a llamarla así), enmarcada en este paisaje en la primera línea del horizonte juvenil, apenas nacida, se empeña en grave querrela contra los jóvenes. Inútil, absurda desesperación de querer vivir con desperdicios políticos, de no querer entregarse al sentido nuevo y juvenil. Está bien que ciertos viejos aprovechen esta coyuntura a despecho del más elemental sentido del asco en un intento imposible de remozamiento y que otros, jóvenes –por desgracia de nuestra generación– prolonguen el zurdo ademán, porque estas son quiebras inevitables que sufren los ambiciosos mediocres, impuestas por la exigencia de la época. Allá ellos con su justificación. No así la universidad, que está ahí esperando una legitimación propia, nuestra legitimación (401).

Rangel Frías denunciaba una interpretación forzada, tergiversada, del pensamiento marxista: la Revolución mexicana no había suprimido

⁸ En el artículo titulado “La orientación ideológica de la Universidad” (publicado en el diario regiomontano *El Porvenir* el 29 de noviembre de 1931), Rangel Frías se preguntaba: “¿Cuál debe ser la ideología de la Universidad al fundarse en Monterrey? Sin pecar de sofistiquería, y en puro rigor lógico, creo que primero debemos determinar cómo debe ser la Universidad y luego fijar su función ideológica” (10).

el régimen de clases y los que ostentaban el poder no representaban fielmente los intereses del proletariado, por lo tanto, pensaba Rangel, la educación socialista que pretendían imponer no representaba más que una distorsión: “Quienes detentan el poder no son en México, país de estructuración en clases, los no poseedores” (402). El “socialismo pedagógico” y la revolución se volvían, en su interpretación, un juego de palabras cuando el gobierno que pretendía representarlos se sustentaba en las ganancias del capital. Gran contradicción: una universidad socialista sostenida por las estructuras de una sociedad capitalista. Superación teórica de la lucha de clases, pero, en la calle, la realidad era inversa. El gran peligro según Rangel era que la universidad, apenas nacida, se entregara a la demagogia de los políticos en lugar de “conocer, examinar, los valores de una cultura todavía imperante” (403). Era también una lucha generacional. La nueva universidad debería pertenecer a los jóvenes: “No debemos permitir que toda la juventud caiga en una odiosa servidumbre burocrática al servicio de un partido político que construye el material geográfico y humano de México de acuerdo con la estrategia militar del capitalismo estadounidense” (403). Por ello, la transformación no podía provenir solo de la clase política, sino que debía ser una transformación de fondo: los estudiantes deberían provenir de todas las capas sociales y, para ello, la eliminación de las altas cuotas de ingresos tendría que ser el primer paso para esta transformación. Después, la libertad administrativa a través de un gobierno democrático al interior de la universidad, con la participación equitativa de profesores y estudiantes. Defender con firmeza las instituciones estudiantiles para que los alumnos tuvieran injerencia en los debates sobre la educación. La palabra que subyacía a este pensamiento era “autonomía”. Con ella se garantizaría la participación del pensamiento humanista y crítico en el devenir de la comunidad.

Una vez vinculado, al despuntar la década siguiente, a la nascente institución, Rangel Frías llevó a la praxis los discursos humanistas sobre la función social de la universidad y de la clase intelectual vinculada a ella⁹. Tales alocuciones no solo celebraban, sino cuestionaban el papel

⁹ En un ensayo titulado “La profesión del intelectual”, publicado en el anuario *Universidad* en abril de 1945, exponía su visión ideal sobre este agente de cambio social: “Una idea en la que asoman los rasgos más interesantes de la fisonomía intelectual de la vida contemporánea es la que atañe a la situación del pensamiento humano desde los acontecimientos sociales” (29).

que desempeñaría la nueva institución en el progreso de la región. Representaban un intento de convertirla en mediadora entre los proyectos modernizadores de los gobiernos nacionales y las exigencias de las realidades locales. En rigor, estas reflexiones eran diálogos críticos en torno a un debate de mayor profundidad, como el de la función de la educación pública en nuestras sociedades. Eran proyecciones de un deseo y también demandas para cambiar el estado de las cosas. Educar, sí, pero de manera integral y orgánica formando sujetos autónomos, críticos, estéticos, capaces de reflexionar y actuar. El debate era antiguo; sin embargo, no había perdido vigencia ya que muchas de las demandas no se habían cumplido todavía (ni lo han hecho en la actualidad).

Raúl Rangel Frías desafió, así, la larga tradición negativa latinoamericana de los intelectuales-funcionarios, combatió su discursividad (esa retórica que resonaba en el vacío) y llevó a la práctica su ideal universitario. A la instrucción de saberes prácticos, que llevaba en el estado de Nuevo León más de un siglo de práctica, añadió la dimensión cultural y crítica (pienso de nuevo en los ejemplos ya referidos: la creación de la revista *Armas y Letras* en 1944 y la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1950, entre otras acciones). Era una forma de contrarrestar el largo avance materialista de la región. Ante la modernidad material, la modernidad cultural; ante la modernización, el modernismo. La palabra clave: la armonía. Equilibrio y complemento entre dos fuerzas casi opuestas, pero no necesariamente antagonicas. Desde el gobierno regional de Bernardo Reyes (1885-1910) el estado de Nuevo León había desarrollado una industria sólida, consolidando una élite plutocrática que había impuesto verticalmente sus paradigmas estéticos a través de un gusto conservador, legitimado por una educación tradicionalista de valores religiosos y gramaticales y sus necesidades de formación pedagógica, que consistían básicamente en instruir obreros para especializar la mano de obra. Fueron precisamente esas fuerzas las que habían impedido, por más de cincuenta años, la concreción de la universidad y las que incluso una vez fundada, en 1933, hubieron de pugnar por su clausura. Su estrategia consistió en sumarse a los justificados cuestionamientos de la élite cultural –donde se incluía el propio Rangel Frías– y censurar la imposición de la educación socialista como un atentando a la libertad de cátedra.

El otro agente, Alfonso Reyes, es mucho más conocido, aunque su participación en este proceso ha sido poco estudiada. Reyes fue un

entusiasta colaborador a distancia. Detrás de la futura Universidad de Nuevo León subyace un texto fundacional de su autoría. Hablo del “Voto por la Universidad del Norte”, enviado por el autor desde Brasil, en 1933¹⁰. El ensayo era el enfoque “hacia el subsuelo” y portaba un cuestionamiento a la función de la universidad al interior de las naciones latinoamericanas. Este “voto” no es un discurso oficial, sino una reflexión particular, como lo es una lectura desde la lejanía. Si la universidad moderna ya se había instalado en las capitales latinoamericanas, correspondía ahora extender ese foco de ilustración al resto de las regiones. Reyes articulaba esa tradición crítica que iba de Sarmiento y Bello a Martí, como queda claro al observar la cercanía de su propuesta con el ensayo “Nuestra América”, del cubano, y la convertía en una confirmación de identidad cultural. La Universidad del Norte nacería no solo para reproducir el conocimiento universal, sino para difundir la cultura de la región. Debía tener una función dual: conocer y hacerse conocer. En este punto, la propia experiencia de Reyes animaba el texto, ya que él tuvo que dejar su ciudad para completar sus estudios superiores, debió seguir el ritual de formación intelectual que provenía del siglo XIX: viajar a la capital y padecer el centralismo anacrónico. La apertura de la Universidad del Norte sería una manera de democratizar la cultura nacional o, mejor dicho, de hacerla realmente nacional, proporcionando un espacio donde se representara cabalmente la heterogeneidad del país y se evitara caer en chovinismos inútiles.

Sin duda, la reforma educativa vasconcelista estaba detrás de esta confianza, pero también la crítica humanista de José Enrique Rodó y la formación ateneísta del propio Reyes. El ensayista regiomontano confiaba en el poder de acción y reflexión de las personas, ya que no por nada veía al regiomontano común, es decir, al obrero, como un modelo de ciudadanía. La universidad debería, así, potenciar esa capacidad a través de la formación humanística. Debía crear sujetos críticos y autónomos que enriquecieran y a la vez cuestionaran el desarrollo material y cultural de la región, y así concretar los ideales democráticos que alimentaron la revolución. Con la universidad se garantizaría, en la lectura de Reyes, la superación del Estado militarizante que reinaba en

¹⁰ El texto fue fechado en Petropolis, en 6 de enero de 1933. Fue una edición de autor, impresa en Río de Janeiro, en ese mismo mes de enero. En la entrada del 14 de febrero, Reyes consignaba en su *Diario*: “Comienza a llegar mi cuarto folleto de [...] *Voto / por la Universidad / del Norte...*” (111).

el país tras la ya mencionada derrota electoral de José Vasconcelos en 1929. Poco a poco, los futuros universitarios harían de la vida pública un asunto civil y ético.

El “Voto por la Universidad del Norte” también develaba un anhelo personal. Este era completar la “función civilizadora” que cuarenta años antes había iniciado su padre, el general Bernardo Reyes. El largo gobierno reyista cimentó la modernidad material de la región; la universidad ahora crearía las bases para el desarrollo intelectual, para la modernidad cultural:

Entiendo más bien que la creación de nuestra Universidad significa un cambio de acento en la atención pública: la cultura, que antes crecía de lado, pasará a constituir el núcleo, el meollo. La organización escolar dará el armazón, y en ella se trazarán como derivaciones indispensables todas las demás actividades técnicas, la circulación del comercio y aun los entreactos de la vida mundana. De suerte que el último martillo que bata el hierro en el último taller resulte concadenado a la fórmula algebraica que los estudiantes inscriben en el encerado de sus aulas. De suerte que, si ha de presentarse entre nosotros otro tipo de humanista como José Eleuterio González –de noble recordación–, no se lo vea como un cuerpo extraño, sino como una parte armónica y necesaria de nuestro existir, al igual del ingeniero que rige los telares y gobierna las máquinas de artefactos (Reyes, “Voto por la Universidad del Norte” 450).

Sería, en su lectura, un proceso armónico que contribuiría a la prosperidad y felicidad de la región. Pero que sobre todo evitaría que la región se transformara solo en una zona de producción, sin identidad ni pensamiento propios. Y, al mismo tiempo, el impulso energético –esa ética del trabajo de la región– ayudaría a concretar un viejo anhelo, el de la profesionalización de la vida intelectual y artística.

UNIVERSIDAD Y PROFESIONALIZACIÓN DE LAS HUMANIDADES

La labor estudiantil de Rangel Frías y el trabajo ensayístico de Reyes se vieron coronados con la fundación de la universidad en 1933. El inicio de las labores educativas de esta novel institución, sin embargo, se vio muy pronto envuelto en disputas locales, ya que la élite empresarial demandaba cierto tipo de instrucción y renegaba de cualquier tipo de formación ciudadana en los sectores de la clase trabajadora y en el debate nacional por la imposición de la educación socialista. El resultado ya lo hemos señalado previamente: la Universidad del Norte fue cerrada un año después en medio de la disputa nacional por la imposición de la educación socialista como único método de enseñanza básica, media y superior¹¹. El Congreso local la declaró, por decreto, clausurada el 28 de septiembre de 1934 para dar paso a la Universidad Socialista, que nunca llegó a concretarse. El 4 de septiembre de 1935 se creó el Consejo de Cultura Superior para reagrupar a las escuelas y facultades de educación superior.

La red intelectual, sin embargo, ya comenzaba a tejerse. El objetivo común los había unido, y la admiración del joven estudiante por el escritor consagrado se convirtió pronto en un diálogo constructivo. Reyes y Rangel Frías comenzaron a tratarse. El 12 de octubre del 1934, Reyes pasó rápidamente por su ciudad natal, en pleno proceso de cierre

¹¹ La educación socialista surgió, como proyecto, durante el Congreso Pedagógico celebrado en Jalapa en 1932, con el fin de fortalecer en los educandos el “concepto materialista del mundo”. Al año siguiente, durante la campaña presidencial del general Lázaro Cárdenas, se propuso la reforma al artículo tercero de la Constitución Mexicana (que garantizaba la educación laica y gratuita) para dar paso a la educación integral socialista. El Partido Nacional Revolucionario, antecedente directo del PRI, formó un bloque sólido en la xxxv Legislatura para promover y empujar la iniciativa (al mando de esa bancada iba Alberto Bremauntz Martínez). El proyecto, presentado el 20 de diciembre de ese año de 1933 rezaba: “La educación que se imparta será socialista en sus orientaciones y tendencias, pugnando porque desaparezcan prejuicios y dogmas religiosos, y se cree la verdadera solidaridad humana sobre las bases de una socialización progresiva de los medios de producción”. Finalmente, el 8 de octubre fue el aprobado el dictamen y quedaron reformados los artículos 3º y 73 fracción xxv. La educación socialista dejó de implantarse en el siguiente sexenio presidencial, el de Manuel Ávila Camacho (1940-1946), para concluir, con la modificación de los artículos en 1945 y el retorno al estado previo.

de la universidad, y dejó constancia en su *Diario* que conoció a Rangel Frías. Años más tarde, en octubre de 1941, en otra visita a Monterrey, apuntó que se encontró con el ya joven abogado Rangel Frías: “Superior a todos, hijo del doctor Rangel” (300).

Cuando se volvió a crear la Universidad de Nuevo León, en 1943, el nuevo rector, Enrique Livas, invitó al joven abogado Raúl Rangel Frías a incorporarse al proyecto. En sus *Memorias* apunta:

El propio rector y amigo insistió con verdadera y sincera actitud generosa, que me hizo aceptar el cargo de la Dirección de Acción Social Universitaria, categoría de Dirección Académica con representación en el Consejo y un presupuesto que si bien modesto tenía la ventaja de su propia e independiente administración directa para ejercerlo con libertad (300).

Así, Rangel Frías quedó a cargo de lo que podría llamarse una universidad “propia” al interior y al exterior de la misma universidad.

La primera función universitaria de Rangel Frías consistió en la vinculación de la institución con la sociedad:

Tracé un programa que para aquellos tiempos era ambicioso y un tanto soñador. Trabajando desde aquel puesto de Director de Acción Social, la imagen de una nueva Universidad, modesta en sus principios, pero ardiendo en afanes de entendimiento, de solidaridad, de inteligencia y de poder para recoger y llevar el bien de la verdad y la belleza a todos los rumbos [...]. Proyecté la división interior de esta obra en cuatro direcciones, intelectual y literaria, la una; de publicaciones, la segunda; música la tercera; teatro y difusión cultural, la última. La diversidad del conjunto tendría su función de promoción, ejecución y finalidad creativa en un todo orgánico dirigido por mí y cuyas expresiones se realizarían con un sentido de profunda vinculación mística (*Memorias* 315).

Al emprender las reformas educativas de la nueva Universidad de Nuevo León, Rangel Frías se apoyó en Alfonso Reyes, a quien consideraba como un “consultor permanente”, pues lo ayudaba, “en todas las gestiones que hacíamos. Él nos dio una colaboración indirecta porque todo el grupo

de intelectuales españoles veía en él a un hombre que la providencia les había señalado para reconstruir sus vidas y sus obras”, pues incluso las “relaciones con Cosío Villegas, con todos los demás hombres de letras y filósofos que estuvieron viniendo a nuestra Escuela de Verano, eran a través de indicaciones o alusiones por lo menos del propio Alfonso Reyes” (ctd. en Garza Guajardo 57)¹².

Reyes y Rangel Frías hicieron efectiva esa sinergia con tres acciones precisas: la creación de la revista –en ese momento boletín– *Armas y Letras*, la rotación de artistas, intelectuales y académicos a través de cursos intensivos y la creación de la Escuela de Verano. En todas estas actividades la participación del exilio español fue muy importante¹³. El poeta Pedro Garfias, por ejemplo, se incorporó al Departamento de Acción Social y fue redactor de la revista; un buen número de exiliados desfiló por las aulas y auditorios de la universidad, como José Gaos, Juan David García Bacca, León Felipe, Adolfo Sánchez Vázquez, entre otros. Los transterrados dictaban cursos sobre materias generales, como filosofía, literatura, historia, y sobre temas específicos, como las letras españolas del Siglo de Oro. En ambos casos, la estrategia era la misma: otorgar una base sólida para la reflexión del presente. Porque la función que estaba cumpliendo en esos días iniciales la Universidad de Nuevo León no eran solo la de resguardo y reproducción del conocimiento, sino la del cambio social. El proyecto universitario de Rangel Frías desafiaba al contexto local, regido por la hegemonía de la cultura empresarial y el desarrollo industrial. Implantar un humanismo crítico en ese entorno era algo más que una provocación. De ahí que sus actividades no se restringieran a las aulas de clases, sino a la extensión cultural, y de ahí también la labor

¹² Tanto el Departamento de Acción Social como la Escuela de Verano fueron instrumentos para la consolidación y propagación (más allá de los muros de la universidad) de los saberes humanísticos en la región. De la primera dijo el historiador cultural Héctor González: “El Departamento de Acción Social Universitaria ha desarrollado igualmente una activa y fructífera actividad. En primer lugar, no ha cesado de traer a Monterrey cuanto elemento de valía ha encontrado para ofrecer diversos ciclos de conferencias de carácter popular que han sido bien recibidas y que día a día cuentan con mayor número de oyentes” (131).

¹³ Los primeros exiliados españoles llegaron a México, tras la derrota de la República en la guerra civil en 1939. En Monterrey se instalaron algunos escritores e intelectuales, como Pedro Garfias o Alfredo Gracia Vicente, entre otros. En lugar de llamarse a sí mismos “desterrados”, prefirieron usar el concepto “transterrados” para hacer resaltar la rápida adopción que recibieron de la nación mexicana.

fundamental de la “docencia itinerante” de los transterrados, quienes se convirtieron en presencias palpables y cuya empresa humanística abrió el camino para el reto mayor: la creación de una Facultad de Filosofía y Letras, la cual se logró, como ya se ha mencionado aquí, en 1950. Un poco antes, en un ensayo titulado “Idea de la Literatura” y en otro de nombre escueto: “Filosofía y Letras” (publicado en *Armas y Letras* en mayo de 1949), Rangel Frías había advertido que, para poder ahondar en el universo de las letras, era menester poseer un “cuarto propio”, un espacio dedicado a la especialización de las humanidades; y, para él, esto significaba establecer un vínculo permanente entre lo local, lo nacional y lo universal. Dejar atrás, de una buena vez, las improvisaciones públicas y los enciclopedismos individuales; es decir, trocar la figura del sabio, poseedor exclusivo del conocimiento, por la del intelectual, que se involucra en el cambio y progreso de su entorno: “La idea de la Literatura reclama una carrera de letras especiales en una escuela o facultad de Filosofía y Letras, y sería una tortura inútil que pretendiésemos reducir toda la enormidad de conocimientos a la brevedad de la ocasión y a las limitaciones del sustentante” (45). Con ello, se lograría, en el ámbito local, equilibrar las fuerzas: “Tal exigencia se deriva de un movimiento de compensación y equilibrio, entre las fuerzas sociales de división del trabajo y de especialización de conocimientos, y la superior unidad de la vida y cultura que impone la realidad del hombre” (415).

El escenario estaba listo para la creación de un órgano de difusión, de un instrumento que ayudara a la consolidación de este proyecto cultural y educativo, y que, a la vez, fuera una vía para la formación de lectores en el área de la literatura y las humanidades.

ARMAS Y LETRAS COMO PROYECTO CULTURAL Y ESTRATEGIA DE VISIBILIDAD

Así, *Armas y Letras* surgió en una coyuntura de suyo peculiar. Fue un período de optimismo en la cultura nacional tras dos décadas de agitada vida posrevolucionaria. Tiempo en que se habían puesto en marcha las grandes transformaciones nacionales, aquellas que garantizarían la modernización expedita del país. Escuelas, hospitales, universidades y editoriales distribuidos a lo largo de todo el territorio. El nacimiento

de la revista se dio, como ya lo he apuntado, de la mano del proyector mayor, como fue la creación definitiva de la Universidad de Nuevo León. El primer número apareció en enero de 1944 y fue más un periódico mensual que una revista de artes y cultura, aunque los temas artísticos e intelectuales estuvieron presentes en todos los números de la primera época. En el pórtico de ese número inicial se define como “boletín” de la universidad, editado por el Departamento de Acción Social. Sin embargo, sus intenciones son ya manifiestas: transformar el medio local a través de la difusión y producción de un conocimiento crítico, especializado, pero, en la medida de lo posible, cercano al ámbito social. Esto convirtió a la publicación muy pronto en un punto medio; es decir, en el lugar de encuentro entre el naciente ámbito universitario y la tradicional crítica pública que se había desarrollado en los medios impresos desde el último cuarto del siglo XIX. El título, tomado de la narrativa cervantina, apelaba a la “aparente contradicción” de la condición humana; una falsa apariencia, pues según el iniciador de esta empresa, Raúl Rangel Frías, esta en rigor era:

... unidad profunda, que es una y la misma cosa –se revelan como contradictorios los extremos superficiales de una íntima esencia y necesidad. Si yo dijera que las letras, es decir, aquello que da ocupación y oficio al espíritu, es superior y preeminente a las armas, sin las cuales el hombre está metido entre privaciones y miserias, pretendería poner la cabeza en los pies. Y al revés, pero en esencia lo mismo, si la preferencia se decide por las armas (*Armas y Letras* 15).

La revista no surgió de la nada: había serios antecedentes en el ámbito local, como la publicación *Universidad*, anuario surgido en 1942, también bajo la dirección de Rangel Frías. En el nacional, existían extraordinarios empeños por modernizar –vía las publicaciones periódicas– la vida cultural. Pienso en proyectos de la talla de las revistas *Contemporáneos*, *Taller*, *El Hijo Pródigo* –cuyos miembros, por cierto, eran compañeros de generación de Rangel Frías, como Octavio Paz– y la temáticamente cercana *Universidad de México*. El rasgo común de estas publicaciones podría definirse como el intento de crear una cura ante el mal endémico que padecíamos en ese entonces (y que aún hoy nos aqueja), y que Alfonso Reyes, en su célebre prólogo a *El deslinde*, en el mismo año de 1944, lo definía en estos términos: “Los dos mayores peligros que

amenazan a las naciones, de que todos los demás dependen, son la deficiente respiración internacional y la deficiente circulación interna. A la luz de estos dos criterios podrán interpretarse algún día las vicisitudes mexicanas” (Reyes 17).

La primera etapa de la revista, que va desde 1944 a 1957, podría definirse como un esfuerzo de difusión de la alta cultura y por hacer visible la necesidad de contar con un espacio dedicado a la profesionalización de los estudios humanísticos. Plumos como la de Alfonso Reyes, Ermilo Abreu Gómez, José Gaos, Pedro Garfías y Octavio Paz dejan su huella en la publicación. En conjunto, los textos se presentan como un muestrario sustancioso de la diversidad de temas y obsesiones que animaban la vida cultural de la universidad y del Estado. Ensayos sobre arte, filosofía, historia, literatura, urbanismo, firmados por autores locales, nacionales e internacionales. Y también programas de estudios, noticias bibliográficas, reseñas de congresos y cursos. *Armas y Letras* operaba al mismo tiempo como órgano de difusión y como material didáctico; formaba lectores, pero también estrechaba vínculos entre los diversos campos culturales del país y de la región.

Desde ese primer número quedaron claros sus contornos y dimensiones: en formato tabloide y un tiraje de dos mil quinientos ejemplares. Los números iban acompañados de una nota editorial a cargo de su director y fundador Raúl Rangel Frías. En el ejemplar de enero de 1944 especificaba: “Con este número se inicia la publicación de *Armas y Letras*, boletín de la Universidad de Nuevo León, que edita el Departamento de Acción Social. Por imperiosa e ineludible necesidad, en esta su primera salida tendrá un carácter casi exclusivamente informativo, para transmitir la noticia del nacimiento de la Universidad de Nuevo León” (15).

La revista presentaba las siguientes secciones: la nota editorial, que podría tratar de un tema educativo, literario, histórico o político; una selección poética que incluía poemas de autores del Siglo de Oro y de la poesía moderna hispanoamericana, como Rubén Darío, Ramón López Velarde, Pablo Neruda, Gabriela Mistral, César Vallejo; una sección de artículos centrales sobre temas diversos tales como lecciones de filosofía moderna, aspectos jurídicos, reflexiones literarias; noticias universitarias de los claustros y de los programas de estudio, así como de la Escuela de Verano; “Fichas de la Literatura Mexicana”, sección que se esforzaba por ordenar y clasificar a las letras nacionales a través de la vida de los autores.

En los primeros números, los críticos de arte Manuel Toussaint y Justino Fernández publicaron una *Historia del arte mexicano*; los filósofos españoles José Gaos y Juan David García Bacca reproducían, en breves ensayos, sus cursos sobre filosofía contemporánea. Hay que señalar que Gaos era entonces el primer traductor al castellano de Heidegger; Armando Arteaga publicó ahí la primera bibliografía completa de fray Servando Teresa de Mier; Héctor González escribió una breve historia de la educación en Nuevo León; el crítico Antonio Castro Leal dio cuenta, en el número 6, de una “historia de la poesía mexicana”; también se publicaron, por primera vez en el norte de México, artículos de difusión de la nueva tendencia en los estudios literarios, como era la teoría de la literatura, a cargo del académico Edmundo Santos.

Leída en su conjunto, la publicación también daba cuenta del cambio generacional. Una nueva camada de escritores, intelectuales, artistas y maestros estaba tomando las riendas de la cultura mexicana. En sus números, por ejemplo, se notificó el fallecimiento de dos miembros del Ateneo de la Juventud: el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el filósofo Antonio Caso, ambos fallecidos en 1946. Era el momento de ordenar y clasificar a la cultura mexicana, tanto en lo literario como en lo artístico. El modelo historiográfico de Pedro Henríquez Ureña, presente en la publicación en español de su famosa obra *Corrientes literarias de la América hispánica* en 1949, las reflexiones teóricas de Alfonso Reyes y la consolidación de espacios dedicados para educación humanística, como el Colegio de México, proveían materiales y métodos de investigación y ordenamiento.

Este proceso se daba también al interior; es decir, con la historia, cultural y política, del estado de Nuevo León. La revista aportaba en cada número crónicas, historias, biografías, perfiles, bibliografías y reflexiones sobre el propio contexto, contribuyendo con ello al conocimiento de la propia tradición.

Armas y Letras causó revuelo desde el momento de su aparición. El contexto bélico reinante –1944 fue el año de la invasión a Normandía y el inicio del cierre de la Segunda Guerra Mundial– hacía ver con recelo un título como ese. El mismo Alfonso Reyes propuso invertir los términos y llamarla *Letras y Armas*. El ensayista y humanista Alfonso Rangel Guerra ahonda más en esta cuestión:

En realidad, este título para una revista cultural procedía del discurso del Quijote y el primer director y creador de la publicación, Raúl Rangel Frías, dejó aclarado alguna vez que las armas y las letras como título de la revista hacían referencia a las dos actitudes o formas de ser humana: la teoría y la práctica, o mejor, para decirlo en el orden en que se unieron los dos términos, la práctica y la teoría (*Historia* 375).

La década del cuarenta marcó el inicio de la consolidación de las instituciones educativas enfocadas a las humanidades. En esos años comenzaron a proyectarse escuelas, universidades e institutos con esa orientación en diversas partes del país. Vuelvo con Rangel Guerra:

Si se toma en cuenta que con excepción de la Universidad Nacional, en aquellos primeros años de la Universidad Nacional, en aquellos primeros años de la década de los cuarenta, las universidades de los Estados eran muy pocas, quizá sólo la de Yucatán, la Veracruzana, la de Nuevo León, la de Guadalajara y la de San Luis Potosí, pues en muchas otras entidades federativas todavía no se transformaban los institutos científicos y literarios, o colegios civiles, en las universidades que ahora son, es posible que *Armas y Letras* fuera una de las pocas revistas universitarias entonces existentes, quizá con la de la Universidad Veracruzana. (*Historia* 376-377).

Como ya he mencionado, el ordenamiento de la literatura mexicana fue otro de los temas abordados. Se presentaron fichas de autores, muestrarios de obras, ensayos críticos, bosquejos historiográficos. En el número 7, por ejemplo, Rangel Frías hizo una reseña de *El deslinde* de Alfonso Reyes. Fue un primer esfuerzo por concretar una teoría literaria en América Latina:

Se trata en verdad de la introducción a una filosofía Estética elaborada con los recursos de la Fenomenología que depura la experiencia artística a través del lenguaje, la Psicología y la vida social de los pueblos; recorta fronteras de intenciones y significados de los fenómenos literarios colindantes; y deslinda los entes teológico, matemático y poético. Nos deja en la orilla donde se divisa “la isla encantada” (*Armas y Letras* 43).

¿Cuál era el propósito de *Armas y Letras* en esa primera época? Por un lado, conectar o, mejor dicho, vincular las manifestaciones culturales e intelectuales de la región con los principales procesos educativos y artísticos de la nación y del entorno internacional. Y, por supuesto, modernizar la educación superior y convertirla en un factor de cambio social, esto dentro de un territorio donde la industria y la empresa privada tenían el control no solo de la economía sino de la política. El mismo Rangel Frías lo expuso en la nota editorial del número correspondiente a febrero de 1948:

Los periódicos universitarios tienen, además de esta función [la de ir integrando y seleccionando la cultura y la información de su entorno social] que les alcanza por ser expositores de un sector determinado del pensamiento, una misión más. Como representativos de la elaboración de un pensamiento sereno y sistemático, surgido en el desinterés de la cátedra y orientado a la superación del estado social en que actúa, corresponde a las publicaciones universitarias la orientación y definición de la educación superior, y la promoción serena de los diferentes problemas de la Sociedad a que están destinados a servir, con vías a una solución humana y sensata, que supere a la desesperación y a las pasiones que en ellos ponen los diferentes sectores del pensamiento mexicano (*Armas y Letras* 309).

No es de extrañar, por eso, el tono optimista que inunda sus páginas. Existía una confianza en los procesos de modernización. En 1946, asumía la presidencia Miguel Alemán —el primer civil en la era posrevolucionaria— y su apuesta era por la industrialización y la urbanización del país. La preocupación principal consistía en mantener los espacios educativos, continuar con la formación de públicos y crear sitios para el desarrollo intelectual.

Este proceso llegaría a su momento más alto con el arribo a la rectoría de Raúl Rangel Frías en 1949. Unas décadas más tarde, la Universidad de Nuevo León buscaría y lograría la autonomía¹⁴. Las demandas estudiantiles, las luchas políticas, la represión gubernamental, el aumento de las clases medias, exigirían de la universidad y de su revista nuevas orientaciones y compromisos.

¹⁴ En 1969 se convertiría en la Universidad Autónoma de Nuevo León.

La segunda etapa de *Armas y Letras* abarcaría las décadas del sesenta y setenta. En ese momento comenzaría a consolidarse la publicación de estudios especializados sobre diversas materias culturales. El mismo formato de la revista cambió a partir de 1958 y adquirió las dimensiones de un libro, sin grabados ni ilustraciones. La llegada a la jefatura de edición de la revista del filólogo español Juan Antonio Ayala reafirmó esa nueva orientación. Consta en una carta, fechada el 10 de febrero de 1958, en la que Alfonso Rangel Guerra, entonces encargado de los proyectos editoriales de la Universidad de Nuevo León, le notificaba a Alfonso Reyes la transformación en estos términos:

Hace catorce años que se inició la publicación de nuestra revista *Armas y Letras*, en el tamaño que usted conoce y la aparición de un número por mes. Durante todo ese tiempo, con problemas, retrasos y complicaciones de toda índole, se ha entregado este Boletín Mensual de la Universidad de Nuevo León, que llega así a una edad que alcanzan pocas publicaciones en México [...]. En tales circunstancias, hemos pensado iniciar una segunda época de *Armas y Letras*, transformada en revista trimestral, de formato encuadernable y un mínimo de cien páginas por número. Para el inicial correspondiente al trimestre enero-marzo, contamos con algunas colaboraciones, y nos sentiríamos muy honrados si usted pudiera ofrecernos uno de sus escritos, por pequeño que fuera (*Obras*, 214).

Las carreras humanísticas que ofrecía la Facultad de Filosofía y Letras empezaban a producir (y reproducir) un saber especializado, basado en el uso (y abuso) de los métodos inmanentes del estructuralismo (la hegemonía del estudio de la dimensión lingüística o del aspecto semiótico en las expresiones artísticas y culturales). La brecha entre la crítica académica y la pública comenzaba a crecer, al igual que la discrepancia de sus respectivos intereses. Los años ochenta representaron un período de crisis en todos los ámbitos: ante la pérdida del estado como principal promotor cultural, la educación pública superior debió restringir sus alcances formativos. Las manifestaciones artísticas y culturales volvieron a ser relegadas a un segundo plano.

Entre los años 1976 y 1996, *Armas y Letras* dejaría de publicarse. La crisis en la educación pública y la implantación del modelo neoliberal en las instituciones de educación superior en los años ochenta fueron

algunos de los factores que motivaron ese cierre, así como el desarrollo de publicaciones más especializadas en las diversas ramas de las humanidades, como las revistas *Cathedra* y *Deslinde* (la primera enfocada en las ciencias sociales y la segunda en los estudios literarios), editadas por la facultad de Filosofía y Letras durante las últimas décadas del siglo xx. En 1997, se daría inicio a la etapa actual de la publicación que se extiende hasta nuestros días. Hoy son otras las demandas y desafíos, pero algunas de las preocupaciones y deseos expresados en aquella publicación inicial se mantienen con plena vigencia.

Bibliografía

- Armas y Letras. Boletín mensual de la Universidad de Nuevo León*, edición facsimilar, tomo I [1944-1950]. Monterrey, UANL/Gobierno del Estado de Nuevo León, 1993.
- AA. VV. *La reforma universitaria (1918-1930)*, selección, prólogo y cronología de Dardo Cúneo. Caracas, Biblioteca Ayacucho, , 1976.
- MARTÍN BARBERO, JESÚS. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2003.
- BARRERA ENDERLE, VÍCTOR. *La conquista de la vocación. Vida de Alfonso Reyes en tres ensayos*. Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2018.
- BARRERA ENDERLE, VÍCTOR. *Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria hispanoamericana (1810-11870)*. La Habana, Casa de las Américas, 2013.
- BARRERA ENDERLE, VÍCTOR. *Renovada compañía. Antología de Armas y Letras*. Monterrey, UANL, 2009.
- BARRERA ENDERLE, VÍCTOR. *Siete ensayos sobre literatura y región*. Monterrey, Facultad de Filosofía y Letras/UANL, 2014.
- CABELLO HUTT, CLAUDIA. *Artesana de sí misma. Gabriela Mistral, una intelectual en cuerpo y palabra*. West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2018.
- CERUTTI, MARIO. *Burguesía y capitalismo en Monterrey, 1850-1910*. Monterrey, Fondo Editorial Nuevo León, 2006.
- DEVÉS VALDÉS, EDUARDO. “La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económicos-sociales chilenos en las redes conosureñas

- durante los largos 1960". *Historia*, vol. II, N° 37, julio-diciembre, 2004, pp. 337-366.
- GARZA GUAJARDO, CELSO. *Los hijos del desierto. Conversaciones con don Raúl Rangel Frías*. Monterrey, Presidencia Municipal de Guadalupe, 1993.
- GONZÁLEZ, HÉCTOR. *Siglo y medio de cultura nuevoleonesa*. Ciudad de México, Ediciones Botas, 1946.
- MARSISKE, RENATE. "Las universidades latinoamericanas en el siglo xx: una aproximación". *Universidades*, N° 65, julio-septiembre, 2015, pp. 59-68.
- RANGEL FRÍAS, RAÚL. "La orientación ideológica de la Universidad". *El Porvenir*, 29 de noviembre de 1931, pp.10-11.
- RANGEL FRÍAS, RAÚL. "La profesión del intelectual". *Universidad*, N° 4, abril de 1945, pp. 28-45.
- RANGEL FRÍAS, RAÚL. *Secuencia de Reyes –las palabras–*. Monterrey, SEP/ Nuevo León, 1982.
- _____. "Memorias". *Obras completas*, tomo III. Monterrey, UANL, 2007.
- _____. "Nueva generación". *Obras completas*, vol. II. Monterrey, UANL, 2014.
- RANGEL GUERRA, ALFONSO. *Historia, cultura y personajes de Nuevo León*. Monterrey, UANL, 2009.
- RANGEL GUERRA, ALFONSO. *Obras, Testimonio*, vol. II. Monterrey, UANL, 2019.
- REYES, ALFONSO. "El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria". *Obras completas*, vol. XV. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- _____. "Voto por la Universidad del Norte". *Obras completas*, vol. VIII. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 450.
- _____. *Diario*, vol. III. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- _____. *Diario*, vol. V. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2018.